

Segunda conferencia. Identidad sexual y creatividad

Joyce McDougall

Sociedad Psicoanalítica de París

Traducción de Teresa Machado

Este artículo intenta ser una modesta contribución en el afán de dilucidar el papel que desempeña la identidad sexual, incluyendo el que satisface dentro de la creatividad .

Bien sea que nos situemos dentro de un contexto de preferencia homosexual o heterosexual, no existe evidencia alguna de que el símbolo mental de la identidad del género nuclear sea algo innato. En gran parte el género intrínseco y el papel de la identidad sexual se configuran mediante experiencias vividas durante la etapa de la primera infancia, y por medio de los pronunciamientos que se escuchan de labios de los progenitores acerca de la sexualidad y del rol de lo sexual. El mismo Freud destacó que los objetos del deseo sexual no eran innatos sino que tenían que ser “encontrados”.

Hace unos treinta años escribí una disertación acerca de la homosexualidad en las mujeres¹. Fundamenté mis afirmaciones y mis conclusiones en un escaso número de analizandas, y, en ese momento, dada mi juventud y mi condición de analista relativamente inexperta, pensé que mis deducciones podrían aplicarse a la homosexualidad femenina en general. Sin embargo, con el transcurrir de los años, con un mayor entendimiento del tema a través del autoanálisis continuo y de la contribución de mis múltiples analizandas lesbianas, pude derivar la conclusión de que las generalizaciones planteadas en mi artículo del año 1964 eran consideraciones inadecuadas y que podían atribuirse exclusivamente a los analizandas citadas en dicho estudio. Por ese motivo, hoy en día, decidí centrarme en el caso de una paciente femenina para explorar hasta qué

1 Nota del E. Se refiere al trabajo “Sobre la homosexualidad femenina” en *La sexualidad femenina*. Barcelona: Laia, 1977 (*La sexualité féminine*. Chasseguet, J. (ed): Paris: Payot, 1964)

punto el contexto del entorno familiar y de los deseos inconscientes de los padres puedan haber contribuido a su orientación sexual de adulta, así como la posible influencia dentro de sus actividades creativas. Antes de presentarles una fase surgida el sexto año de nuestro trabajo conjunto, voy a dar una breve descripción de sus antecedentes familiares.

Entrevista inicial

Mía vino a verme hace unos ocho años. Abrí la puerta de mi sala de espera para encontrarme con una mujer de poco más de cuarenta años, vestida muy a la moda con un conjunto gris de pantalón y chaqueta, estilo ejecutivo para dama. Se me presentó indicándome que tenía un importante cargo en el Ministerio de Asuntos Culturales, y que, entre otros asuntos, estaba encargada de la redacción de estudios culturales sobre arte y literatura, pero que la calidad de su trabajo había ido en decadencia. Procedió luego a contarme que era lesbiana, que se sentía desesperadamente infeliz tras la ruptura de una relación sentimental de quince años con una actriz francesa llamada Claire, y que ese desengaño era causante de sus dificultades en el trabajo. Un año antes, Mía descubrió que Claire la estaba traicionando con una joven inglesa llamada Nathalie, lo cual contribuyó a desencadenar la ruptura.

Mía dijo:

“Me siento tan infeliz... como si no valiera la pena seguir viviendo. Claire y yo hemos sido amantes durante tantos años y confiaba completamente en ella. Parecía necesitarme como yo a ella. Era todo en mi vida. Nada pareciera tener significado sin ella. Ella afirma no poder renunciar a su relación con Nathalie, pero que todo sigue igual entre nosotras, que sólo se trata de una aventura”.

Añadió que Claire se estaba aproximando a los sesenta y que esgrimía su edad como razón válida que le otorgaba derecho a tener esa relación “extramarital”. Para colmo de los insultos, según describió Mía, Claire le sugirió darse la oportunidad de conocer a Nathalie y que quizás podrían establecer algún tipo de *ménage a trois* entre ellas. La proposición suscitó violentas discusiones y Mía sintió impulsos de suicidarse durante ese lapso. Por último, armándose de valor a manos llenas, decidió abandonar el apartamento cuyos costos habían compartido durante los últimos quince años. Allí quedaban aún gran parte de sus muebles y Claire había hecho lo indecible para impedir que se los llevase.

Mía prosiguió diciendo que todo eso había ocurrido hacía más de un año, que seguía llorando todas las noches y que se sentía totalmente perdida.

“Intento trabajar en el libro del Ministerio pero no puedo concentrarme; intento tocar el piano y empiezo a llorar. Nada pareciera ayudarme... Claire me sigue rogando para que vuelva, dice no querer vivir sin mí; que mi conducta es infantil, y que me las doy de moralista por haber provocado esta ruptura por semejante nimiedad. Es como si hubiese surgido un obstáculo inquebrantable entre nosotras. He sido una ilusa durante todos estos años, no puedo ir para atrás, pero tampoco parece que puedo moverme hacia adelante...No soporto la angustia de saber que ama a otra mujer... ¿Por qué me parece tan insoportable? Me pregunto si alguna vez llegaré a amar a alguien de nuevo. ¿Por qué me parece que es un asunto trascendental, tan de vida y de muerte? ¿Podré sobreponerme a esto?”

Me conmoví mucho con el dolor de Mía y con sus inquietudes. Recordé historias de pacientes anteriores quienes habían enfrentado similares rupturas catastróficas en relaciones amorosas de índole heterosexual y homosexual; recordé como la pareja herida, frecuentemente, se apresuraba a entrar en alguna otra relación con el objeto de evitar sentir el sufrimiento. Mía, por otra parte, estaba ansiosa de explorar las razones por las cuales le resultaba tan intolerable la pérdida de Claire y por qué ni siquiera le pasaba por la mente encontrar a otra persona.

Hacia el final de nuestra primera entrevista, resumí los puntos resaltantes y le dije que pareciera que hubiese dejado partes muy importantes de sí misma con Claire—su capacidad para amar, su alegría en el trabajo, el placer que le producía escribir y tocar el piano. Brevemente le expliqué de que se trataba un compromiso psicoanalítico y cómo éste podría ayudarla a entender el doloroso proceso de luto, además de la razón por la cual aún no se encontraba en capacidad de retomar muchas partes tan preciadas de sí misma que la habían vinculado a Claire.

Pareció bastante sorprendida e indicó que mis palabras la inducirían a la reflexión. Entonces me pidió una nueva cita. Durante la segunda entrevista, dijo: “al salir del consultorio el otro día, sentí que un nuevo mundo podría abrirse dentro de mí”. En esa oportunidad también me reveló que su madre, de unos ochenta y pico de años, se estaba muriendo de SIDA. Mi asombro era visible, por lo cual me explicó que tanto ella como sus hermanas recién se habían enterado del veredicto: el virus HIV le fue transmitido mediante una transfusión sanguínea al someterse a una intervención quirúrgica de poca tras-

endencia. Mía tendría que arreglárselas para encontrar tiempo para visitarla regularmente, y para darle el respaldo requerido para hacer frente al tratamiento y al temor a la muerte. Tuvimos unas cuantas sesiones dispersas a lo largo de las siguientes semanas. Mía mencionaba continuamente la gravedad del padecimiento de la madre y su pena por la pérdida de Claire. (Comencé a intuir que ambas pérdidas podrían tener un elemento en común y sospeché que Claire podría estar revestida de semejanza con la figura materna). Me contó también sobre unos sueños de una niña que se había perdido en un camino.

Al concluir el primer año de nuestras sesiones intermitentes, Mía inquirió sobre la posibilidad de que la incluyese en mi esquema regular de trabajo, a pesar de sus frecuentes ausencias, consecuencia de sus ocupaciones profesionales. Ahora nos encontramos en el octavo año de nuestro viaje analítico; mi interés y mi afecto por la paciente son de tal magnitud que, por lo general, he logrado reubicar las innumerables sesiones a las que ha faltado, y ella ha tenido similar empeño al aceptar venir muy temprano por las mañanas, o en horas bastante tardías.

Voy a resumir someramente elementos de la infancia de Mía, en cuanto hayan podido incidir sobre sus orientaciones sexuales de adulta. Muchos de estos detalles salieron a la luz en las primeras semanas del viaje terapéutico, pero otros importantes eventos habían sido totalmente olvidados y aparecieron dentro del panorama analítico a medida que transcurrieron los años.

Antecedentes familiares

Su madre fue profesora de liceo y su padre trabajó dentro del área de administración del gobierno. Tiene una hermana diez años mayor cuyo nombre también resulta ser Claire. Nueve años después del nacimiento de Claire, la mamá dio a luz a un niño mortinato...un varón. Al año siguiente volvió a salir embarazada... y llegó Mía. Cuando contaba cinco años, le nació otra hermana llamada Florence. Ambas hermanas están casadas y tienen hijos. Mía está muy apegada a todos sus sobrinos.

Mía recordó que cuando tenía 9 años su padre fue reubicado en un sitio distante de donde vivían y regresaba a casa sólo los fines de semana. Las cosas siguieron así hasta que cumplió los 16. Ella sintió vívidamente su ausencia durante esos siete años y considera que su madre necesitó más que nunca de su respaldo durante ese largo período. Mía siempre sospechó que su padre tenía una amante en su lugar de residencia, aunque sus sospechas no están fundamentadas sobre ninguna prueba. Sus hermanas se muestran escépticas

al respecto, y, a diferencia de Mía, nunca se sintieron abandonadas por el padre ni opinan que la madre estuviese deprimida a lo largo de esos años.

Después Mía abandonó su país para ir a ejercer la docencia en Los Angeles, donde permaneció varios años. Durante un viaje de visita el padre murió repentinamente (ella estaba ya cerca de los 30). Recuerda con prístina exactitud la escena en el hospital, cuando madre y hermanas conversaban con los médicos acerca de las medidas que adoptarían en un intento por salvarle. Vienen a su memoria los instantes de su muerte. Estaba sola con él y se echó a sollozar inconsolablemente durante horas, para gran consternación de la afligida familia.

“Fue en Los Angeles donde tuve mi primera relación amorosa en serio con una mujer. Hasta entonces había tenido varias aventuras sexuales con diferentes muchachos. Sin embargo, nunca tuvieron ningún significado para mí, era sólo la sensación de que hacía lo que se suponía que debía de hacer. Me tomó cierto tiempo—y valentía—aceptar frente a mí misma y frente a mi madre, que solamente podía amar a una mujer. Mamá fue de lo más comprensiva y me dijo que siguiera mi corazón. (Luego agregó: ¡Claro que nunca se lo habría podido decir a papá!) Cuando murió decidí regresar a vivir en Francia en forma permanente—y así fue que decidí cambiar de profesión”.

Mía parecía indicar que, de algún modo trágico, su aceptación de su identidad lesbiana estaba relacionada con la muerte de la figura paterna. No obstante tuvieron que pasar varios años para que las implicaciones de ese vínculo pudiesen ser analizadas, lo cual le permitió no sólo asumir libremente su orientación sexual sino escribir su primera novela, pero retomaré ese punto más adelante.

Durante los primeros años de nuestro trabajo en conjunto, tuvimos muchas ocasiones para explorar sentimientos de dependencia y de ansiedad ante la separación, hasta entonces no reconocidos. Las primeras reacciones indicativas de abandono se evidenciaron a través de manifestaciones de transferencia. Mía sabía por adelantado, al igual que lo saben todos mis analizandos, que siempre me ausento de París para la época de las vacaciones escolares. Siempre era preciso recordárselo. Cada ausencia pendiente desencadenaba una serie de sueños de angustia, tendientes a revelar un alarmante despojo de su valor como persona. Más aún, padecía con frecuencia de manifestaciones somáticas inusuales durante mi ausencia. Le daba gripe o catarro, en dos oportunidades presentó síntomas cardíacos alarmantes. A instancias mías fue a consultarse con un especialista quien declaró que no padecía de ningún trastorno

cardíaco. Me enteré, en ese momento, de que sus problemas cardíacos empezaron poco después de la muerte del padre. A medida que Mía se convenció de que sus somatizaciones eran una reacción ante la separación y la pérdida, por primera vez, comenzó a cuestionarse seriamente los eventos emocionales que pudieron estar a su alrededor en el momento de su nacimiento, y acerca del lugar que ocupa en la familia.

El varoncito muerto

En un par de ocasiones Mía se me presentó con un sueño, y luego con una fantasía sobre un niño muerto. Le pregunté acerca de cuál sería la actitud de sus padres tras su nacimiento, ocurrido tan poco tiempo después del varón mortinato. Trató todo el concepto como si no tuviese importancia e incluso rechazó toda posibilidad de que la tuviese. “Estoy segura de haber sido la favorita de mamá. Hacía mucho más que las otras para ayudarla —y también, en cierta forma, era la niña especial para papá porque era la única fervientemente interesada en la búsqueda intelectual—; se sentía orgulloso de mi éxito académico”. Después sobrevino un sueño en el cual un niño era asesinado y ella resultaba acusada del asesinato. Mi reacción inmediata fue la de preguntarle si era hembra o varón el niño de su sueño, pero no llegué a preguntárselo. Mía dijo: “Ahora, esta vez, tengo que averiguar cuál pudo haber sido la repercusión de la muerte de ese niño sobre mi propia vida”.

Por consiguiente, optó por preguntarle a su hermana Claire, quien tenía 10 años para el momento de su nacimiento, si recordaba algo acerca de esa fecha. Claire respondió: “¡Pero cómo crees que podría olvidarlo! Aunque siempre tuve cuidado de no mencionártelo. Bueno, Papi y Mami estaban convencidos de que el bebé en camino sería un varoncito. Entonces, el día que naciste, papá me llamó a su estudio y dijo tener que darme una noticia muy triste porque era niña. Y se puso a llorar”.

Esto desencadenó construcción tras reconstrucción sobre el papel que Mía desempeñaba dentro de la familia. Entre las diferentes construcciones de su fantasía, descubrió un sentimiento de culpa por no haber satisfecho el deseo de sus padres de tener un hijo varón. Esto lo relacionó con su propósito, desde muy temprana edad, de hacer cuanto pudiese por “hacer feliz a Mami”. Recordó innumerables esfuerzos por reconfortar a su mamá durante los siete solitarios años de separación del padre. Llegó a pensar que había logrado reemplazar al padre en el cuidado de su madre —después de reconocer la importante repercusión que esto tuvo sobre su universo psíquico, pasó a contarme que en sus relaciones amorosas sólo pensaba en darle placer a su pareja, tanto desde el punto de vista sexual como desde cualquier otro. Tan cierto era que Claire se

quejaba con frecuencia de su insistencia en la relación sexual y que prefería dormir. Por amor a Claire, Mía aceptó la abstinencia parcial que había caracterizado los últimos años de su relación conyugal. Por eso se sintió tanto más extrañada y herida al enterarse de la existencia de Nathalie.

De igual manera llegamos a entender que, bajo la creencia inconsciente de que debería de haber sido varón y de que estaba supuesta a asumir el rol de padre con su madre abandonada, también había luchado por su derecho de ser niña. Aparte de su identificación con su “padre-amante” capaz de brindarle gratificación sexual a la “madre-mujer”, Mía criticaba duramente a sus amistades homosexuales que vestían de manera marcadamente masculina, o que tenían actitudes y modales de esa índole. Al preguntarle el motivo de su intolerancia, me explicó que había llegado a la conclusión de que, durante toda su vida, había luchado en contra de la idea de que hubiera debido ser varón, y que había hecho cuanto estuvo a su alcance por defender su identidad femenina. Este fue uno de los factores más poderosos que la impulsó a defender muchas ideas políticas, en particular, cuando se referían a mujeres maltratadas y a la problemática de niños víctimas de abuso sexual.

La hermanita

Así como Mía había reprimido toda noción consciente de su dolor en la infancia y toda idea de confusión acerca de haber nacido niña de unos padres que hubiesen deseado, y que tenían la expectativa de que fuese varón, tuvo similar dificultad en reconocer—y en reconstruir—los sentimientos que experimentó para el momento del nacimiento de Florence. De vez en cuando hacía referencia a peleas con su hermanita (a quien siempre le decía Flo) y se quedaba perpleja. Al preguntarle si había sentido celos con su nacimiento, me lo negaba rotundamente... “¡No, de ninguna manera! Yo quería mucho a mi hermanita y sólo deseaba su bienestar”. No obstante, ciertos sueños y relatos sobre conflictos y desacuerdos con Florence indicaban lo contrario. Lentamente recordó cómo se había vuelto huraña y retraída para esa época, y como, en sus primeros años en la escuela se ensimismaba por horas, leyendo o escuchando música. A los 6 años de edad se enamoró de otra niñita pero no fue correspondida. Parece que esa primera relación amorosa fuera del seno de la familia fue un intento de ofrecerle a otra persona lo que desesperadamente añoraba para sí misma, y para resolver su pena por el nacimiento de Flo. Gradualmente encontramos cada vez mayor número de pruebas elocuentes en cuanto a que el nacimiento de la niñita fue un acontecimiento traumático para ella, sobre todo porque el padre manifestó considerable interés en la recién nacida. Finalmente Mía admitió que Flo había sido la verdadera favorita del

papá. Llegó a visualizarse como una niñita muy sola con mamá y Claire por un lado, y con papá y Flo por otro.

Hace unos años ocurrió un típico incidente que confirma estas reconstrucciones. Mía había ido a almorzar con Flo y sus dos hijos. Ese día llegó tarde a la sesión diciendo que había estado tratando de hablarle a Flo sobre lo ambivalente de su relación (esa ambivalencia había ido *in crescendo* después de la muerte de la madre dos años antes).

Mía: Llegué de casa de Flo y me estaba alistando a venir para acá, cuando descubrí que había perdido todos mis papeles: mi carnet de identidad, los papeles del auto, mis tarjetas de crédito. Primero pensé que alguien me los habría robado, pero después me di cuenta de que los había dejado en casa de Flo. La llamé para explicarle donde creí que estarían. Ella buscó por todas partes y dijo que no estaban allí. No sé porqué me pareció que me mentía.

JM: ¿Como si te estuviera robando la identidad de nuevo?

Mía: ¡Oh, estoy segura de que tienes razón! Dijo haber buscado durante 30 minutos en todas las habitaciones donde yo había estado. ¿Por qué seguiré manifestando una actitud tan infantil hacia ella? (Mía estaba tan ansiosa que no podía ahondar en esta interrogante, así que prosiguió) ¿Así que, dónde dejaría esos papeles? He mirado por todas partes en mi casa y no los encuentro.

Finalizando la sesión, me dijo: “¿Qué haré sin mis papeles? Me estoy yendo para China dentro de tres días y no tengo tiempo de reponerlos”. Luego, inesperadamente, de modo muy infantil que no se asemejaba para nada a su usual comportamiento adulto, dijo lastimosamente: “¿Qué harías tú en semejante situación?”. Respondí: “Bueno, si no se robaron los papeles, inconscientemente, sabes donde se encuentran. Siendo tú, tornaría a casa y me dejaría deambular por cualquier parte que se me ocurra con la esperanza de dar con ellos”. Me replicó: “¿Es esa una teoría psicoanalítica?” Le respondí que no creía que lo fuera.

Más tarde esa noche me encontré con un mensaje en mi grabadora diciendo: “Hice lo que me dijiste y sin razonar fui a revisar en los bolsillos de un impermeable que no me había puesto y allí me encontré con mis papeles, debo de haberlos colocado allí sin prestar atención a lo que hacía, cuando me pregunté si llovería. Quiero expresarte mi profundo agradecimiento. Nos veremos dentro de un par de semanas”.

La nueva compañera de Mía

Durante el tercer año de nuestro trabajo ocurrieron dos eventos importantes: el primero fue su encuentro con Florence (el mismo nombre que su hermanita) quien se convertiría en su nueva amante.

Mía conoció a Florence en una reunión de mujeres profesionales preocupadas por el maltrato de mujeres en Bosnia y en África del Norte. Florence es abogada y seis años menor. Hubo entre ellas una atracción de carácter intelectual y ambas habían experimentado una dolorosa ruptura de una relación sentimental de larga data. Mía pudo contemplar, por primera vez, la posibilidad de establecer un nuevo vínculo; aunque con todos los resquemores del caso, a la larga, ambas mujeres decidieron vivir juntas. Al cabo de unos meses de convivencia conyugal, comenzaron altercados entre ellas (según Mía, consecuencia de celos exagerados de parte de Florence debido a la constante preocupación por su madre moribunda). Ella incentivó a Florence a consultarse con un analista para poder preservar su condición de pareja. Mía me informó que Florence se convirtió en un ser mucho más agradable después de iniciar su análisis y que ambas formaban ahora una pareja más amorosa.

Muerte de la madre

Al año y medio sobrevino la lenta y dolorosa muerte de la madre. Mía atravesó un período normal de gran tristeza al evocar recuerdos, bien fuese sola, o en compañía de las hermanas. Hubo algunas desavenencias entre ellas por el manejo de la pequeña herencia —ahora las tres hermanas eran dueñas de una casa de campo que le había pertenecido a la familia desde antaño. Flo y Claire insistían en que necesitaban usar la casa con más frecuencia que Mía, puesto que ellas tenían familia y Mía tenía que ocuparse de sí misma únicamente, y así sucesivamente. Durante ese tiempo difícil, Mía llegó a vislumbrar diversas proyecciones y a hacer las paces consigo misma con respecto a algunos asuntos del pasado, lo cual contribuyó a intensificar los enfrentamientos. Además, empezó a explorar con gran sensibilidad los sentimientos de competitividad entre las tres hermanas por el afecto de la madre. Tal empeño la instó a elaborar su propia necesidad narcisista hacia la omnipotente fantasía de que ella sola podía “reponer” las pérdidas de su madre. Esto la llevó a una mejor comprensión sobre el hecho de que ella hubiese manifestado más dedicación y la hubiese visitado más asiduamente que sus hermanas en su lecho de moribunda. Su perspectiva sobre la constelación familiar de ese momento presentaba a sus dos hermanas como señoras casadas con distintas responsabilidades, mientras que, en algún sentido, ella estaba “casada” con su madre y tenía que corresponderle con ciertas responsabilidades afines.

A raíz de la muerte de la madre se le aconsejó a sus descendientes plantear una demanda en contra del médico responsable de haberle transfundido sangre contaminada con virus HIV. Las autoridades médicas legales descartaron el caso, aseverando que nadie había establecido que personas de esa edad fuesen susceptibles a compensación. Florence, en su calidad de abogado, logró que se revocara el veredicto, alegando que era escandaloso sancionar tal decisión y que una mujer en excelente estado de salud bien pudiera haber vivido bien adentrados los ochenta, etc. Durante la sesión siguiente Mía lloró y dijo que ese resarcimiento no recuperaría la vida de su madre y que pensaba destinar los fondos para estudios en pro de la investigación científica sobre el SIDA.

La novela

En la medida en que Mía aceptaba la pérdida de Claire y reconocía cuánto había significado en su vida, se permitió dar rienda suelta a su vena literaria y se dedicó a escribir su primera novela: su primera historia autobiográfica. Representó un gran paso hacia adelante, además de una revelación para ella; se dio cuenta de que sería sustancialmente diferente de anteriores ensayos centrados alrededor de tópicos socioculturales. Al terminar su novela me dijo (para mi mayor asombro): “Ahora, tendré que destruirla, porque nunca me atrevería a publicarla”. En más de una sesión debatimos el conflicto. Me expresó su inmensa consternación acerca del efecto que su lesbianismo pudiese producir entre sus colegas, la mayoría de los cuales eran hombres. La ayudé a examinar sus proyecciones desde todos los ángulos; en definitiva, decidió mandar el manuscrito a una o dos casas editoriales, pero con la expectativa de que sería rechazado. De hecho, fue aceptado entusiásticamente por una editorial de renombre. Hubo algún disenso sobre el título, ya que Mía quería que hiciera referencia a la pasión y al dolor que produce la ruptura de relaciones amorosas.

Cuando le llegaron las páginas tras la revisión definitiva, para sorpresa de Mía, le habían incorporado un subtítulo que fustigó su irritación. El editor se mantuvo inflexible. El subtítulo leía “amantes marginales”, y Mía consideraba que sugería que la novela versaba sobre secretos de lesbianas, mientras que la trama esencial era destacar la traición y el revuelo emocional que se desencadena con la ruptura de una relación. El libro cundió exitosamente. Diversos artículos ensalzaron su talento; la estación Radio France le pidió una entrevista la cual aceptó, y según me expresó, la supo orientar, con destreza, hacia el enfoque de mujer escritora y no hacia el de ser una mujer homosexual.

Parecía que nuestro trabajo conjunto se acercaba a su fin. En respuesta a una pregunta que me formuló, le propuse la posibilidad de que el análisis concluyera dentro del lapso de un año aproximadamente. Como consecuencia

tuvo un sueño que dio lugar a que les describa bastante extensivamente el material que surgió a la luz en ese momento.

El plato roto

Mía: ¡Soñé contigo otra vez después de mucho tiempo! Tú tenías una reunión en tu casa con muchos invitados. Era en una magnífica casa de campo con exquisitos jardines y con árboles por doquier. Alguien, supuestamente tu esposo—un individuo muy alto—se estaba ocupando de las cosas. Yo había roto un plato precioso y te buscaba para entregarte los trocitos que cargaba en la mano. No recuerdo el desenlace con precisión, sólo sé que me sentía contenta, como si a pesar del incidente, ese iba a ser un momento de paz y de quietud entre nosotras. (Mía prosiguió y dijo no entender el sueño en absoluto, no podía relacionarse con ninguno de sus elementos).

JM: (En mi fuero interno pensé que el plato debía de representar algo que me pertenecía y que ella deseaba romper—o que representaba aspectos fragmentados de sí misma que precisaba reconstituir, quizás tendría alguna relación con la fecha tentativa de culminar nuestras sesiones en algún momento del futuro inmediato, así que le dije): ¿Y el plato roto?

Mía: No soy persona que rompa platos. Soy sumamente cuidadosa.

JM: “¿Sólo quiebras mis cosas? ¿Y solamente lo haces en sueños?”

Mía: (Se echó a reír): Espera un momento. Se me acaba de ocurrir. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Hacía tiempo que no me venía a la mente! Tenía unos 6 años y me encontraba ayudando a mi mamá a poner la mesa porque esperábamos invitados. Siempre trataba desesperadamente de ayudar —como si fuera un adulto—, tomé cuatro o cinco platos juntos para ponerlos sobre la mesa, pero eran tan pesados que se me vinieron al suelo y todos se volvieron añicos. (De repente, su voz resonó chillona como la de una niña aterrizada de 6 años).

JM: (Después de un silencio relativamente largo, me imaginé rompiendo yo misma esos platos, y le pregunté): ¿Y qué dijo tu mamá?

Mía: Quien rompe platos, tiene que pagarlos. Pagué durante meses del dinero de mi mesada hasta haber pagado cada uno de los platos.

JM: Dijiste que mi esposo estaba presente en tu sueño; ¿es que tu papá estuvo presente en aquel momento?

Mía: ¡Sí que lo estuvo! Mira, ahora que recuerdo hasta estuvo de mi parte, pues dijo que yo no estaba más que tratando de ayudar, que no lo había hecho

adrede. Pero mamá no cedió, y obviamente, tenía razón! Hice algo bastante imperdonable. (Gesticuló en dirección a mi asiento como para convencerme de la seriedad del asunto).

JM: (Sentí el impulso de decirle algo así como ¿Por qué eres tan dura contigo misma?, pero reconocí que ese era problema mío. Intenté experimentar la sensación que habría sentido una niña de 6 años, y le dije): ¿Fue como si hubieras destrozado a tu madre en pedacitos?

Mía: Hmm... justo el tipo de fantasía que rechazo admitir. (Pausa larga). Sabes.. todavía me pregunto si supe cuidarla como era debido durante todos esos años. Hice todo dentro de mi alcance para que se sintiese atendida. ¿Es que la destrozaría dentro de mi mente infantil?

JM: (reconsiderando aquellas sesiones cuando Mía llegó a sentir de un modo ingenuamente megalomaniaco que había sido la responsable de la muerte del varoncito) Bueno, le reventaste el vientre cuando te deshiciste del bebé varón, y ¿quizás lo quisiste repetir cuanto estaba encinta de Flo?

Mía: Sí... cuando era niña todos mis temores frente a la muerte están relacionados con tales deseos. (Larga pausa) Esos platos rotos persisten como un recuerdo lacerante. Me sentí tan humillada.

JM: A lo mejor, tú también representas a los platos rotos; se destruyó esa imagen tuya de niña dispuesta a ayudar.

Mía: En el sueño de anoche yo te llevaba los pedazos rotos y dentro de un marco mental de regocijo. Y tú y tu esposo se veían muy amorosos y lucían muy contentos en medio de todo.

JM: ¿Podiera ser que la feliz pareja reflejase la figura de tus padres? Y la noción de que el plato roto no fuese un hecho catastrófico... ¿podiera reflejar el expreso deseo de que fueran una pareja sexual amorosa?

Mía: ¡Es cierto! Siempre pensé que no eran unidos. Quizás eso era lo que quería creer. (Pausa). Puesto que tu esposo y tú estaban en el sueño, ¿será que el sueño se relaciona también con nosotras?

JM: Quizá contabas conmigo para remendar tus pedacitos rotos, para brindarte una mejor imagen de ti misma como la muchachita preocupada en ayudar que con tanto ahínco te esforzaste en alcanzar...podría sugerir además que consientes aceptar que algún día nos separemos sin que te sientas abandonada ni desgarrada por dentro...

Mía: Sí, empiezo a pensar que eso es posible. Lo más precioso que logré conseguir durante estos años de trabajo conjunto es haber descubierto mi identidad, no sólo mi identidad como mujer sino como persona. Ya no me siento destrozada por dentro...y quería agradecerte por ese logro.

(Le expresé que había detectado que los temas de separación y de pérdida predominaron a lo largo de nuestra relación psicoanalítica. Indiqué la conveniencia de abordar más de cerca pérdidas traumáticas para ella y que antecedieron el resquebrajamiento de su intimidad con Claire).

Mía: Ahora entiendo que se traiciona para hacer padecer a otros la misma pena a la que nos sometieron de niños. (Después de una larga pausa, continuó diciendo): Nuevamente, estoy pensando en lo mal que me sentía los fines de semana cuando papá partía y dejaba sola a mamá. (Pausa). También estoy pensando cuán importante fue para mí descubrir que yo no era el varón que mis padres anhelaban. También en eso tuve que perder algunas ilusiones. (Otra pausa larga). Pero tú me enseñaste que siempre me esforcé por proteger mi identidad femenina, y gracias a nuestro trabajo en este sentido, me siento perfectamente bien con mi identidad de lesbiana. Recuerdo como me decías: “la niña del pasado escogió en forma creativa dentro de una situación muy penosa”. (De nuevo otra pausa larga antes de proseguir). Por alguna extraña razón nunca te conté acerca de una confidencia que me hizo mi madre cuando era adolescente, y que nunca le confió a ninguna de mis hermanas. Se trata de que fue objeto del abuso sexual por parte de su propio padre. [Me impactó su revelación, y pensé, para mí misma, que se me ofrecía la oportunidad de vislumbrar tenuemente una proyección especial de la madre sobre esta hija en particular]. (Mía siguió diciendo): “Mami siempre me decía que no contara nunca con un hombre para que me mantuviera. Me aconsejaba desarrollarme personalmente y conservar mi independencia. (Otra pausa). Todas mis aventuras con hombres diferentes hasta los veinte y tantos fueron nada más un encubrimiento. Procuraba hacer lo que mamá proclamaba que el mundo esperaba de mí.

JM: (Por un momento, me sentí confundida—tal como se pudo haber sentido Mía al escuchar el doble mensaje implícito de la madre). ¿Intentabas hacer lo que tu madre decía que se esperaba de ti, conseguirte un hombre, mientras que, simultáneamente, recibías otro mensaje ‘nunca confíes en un hombre’?

Mía: (Se rio y dijo): ¡Ah sí! Ese era el mensaje principal. Ahora entiendo de una nueva manera por qué, cuando hago el amor, mentalmente, siempre me imagino dándole a mi amante femenina lo que un hombre le habría podido

brindar, de haber sido esa su preferencia sexual. Mi mayor placer siempre ha sido procurar darle placer a mi pareja.

En ese punto comprendí, por primera vez, por qué la idea misma de traición era inconcebible para Mía. En su fantasía inconsciente, ella se empeñaba en repararle a la madre el daño producido por el abandono del esposo, así como el del abuso sexual que había sufrido a manos del propio padre, al igual que ocurre con la fantasía de todo el mundo respecto al profundo significado de una relación amorosa; este era el ideal durante el transcurso de su vida.

En una sesión ulterior Mía dijo haber entendido que quienes incurren en falsedades están haciendo padecer a otros la misma pena a la que se vieron sometidos, como para probar el poder que poseen para aniquilar al otro. Mía pasó a decir que había estado procurando recabar todos los datos de su historia personal y también entender el papel que las amantes habían desempeñado en su vida. Al evocar lo que seguía denominando la “traición” o “falsedad” de Claire, decía haber alcanzado un esclarecimiento mayor sobre lo que hubiese debido saber antes, es decir, el papel que ella había tenido en el universo psíquico interno de Claire, lo cual le habría permitido saber que la relación estaba casi que predestinada a un fracaso catastrófico. Reconocía que su sufrimiento iba más allá de la capacidad de entendimiento de Claire, quien bastante había sufrido a lo largo de su existencia, sin embargo, nunca podría aceptar que el sufrimiento que le ocasionó a Mía era su manera de reivindicarse del dolor en el pasado.

Quisiera ahora abrir un paréntesis para referirme a comentarios sobre pacientes cuyo sufrimiento deriva principalmente del efecto traumático como consecuencia de embestidas emotivas producidas por quienes velaron de su cuidado, o son producto del objeto amoroso actual. Cuando el analizando es capaz, y está dispuesto, a entender los avatares del mundo interno de quien les haya ocasionado sentimientos de dolor profundo, se abre la posibilidad de captar el significado de la conducta de esa persona, por lo cual el dolor del abandono, la crueldad inducida, la ausencia o la traición se vuelven más tolerables. Cuando el sujeto analizando empieza a entender que su sufrimiento se origina en situaciones dramáticas de su psiquis interna. Al adquirir dicho conocimiento, este se convierte en poderoso factor promotor del cambio psíquico. No obstante, con tanta frecuencia, los analizandos no aplican tal esclarecimiento a los individuos que retienen como causantes de su infortunio.

Estimulé a Mía a que tratase de imaginar las fuerzas ciegas que podrían arrojar alguna luz sobre el comportamiento de Claire. (No voy a entrar en detalles acerca de los antecedentes de la infancia de la amante ni tampoco

sobre el alcance que tuvo para dilucidar la totalmente inesperada “falsedad”). Nuestro trabajo analítico en esta área contribuyó al avance del proceso de duelo en Mía y también la liberó para encontrar nueva pareja tras la ruptura. En total tomó unos dos años de intenso esfuerzo terapéutico de ambas partes, de la suya y de la mía.

El segundo punto que quería destacar es que la experiencia clínica ha demostrado que, frecuentemente, se libera la capacidad creativa que permanecía paralizada cuando el analizando le saca sentido a la conducta nociva del otro, particularmente, en el caso de una figura paterna, experimentada por el niño que traemos dentro, la cual es percibida como objeto constante de traumatización.

Aunque Mía seguía anhelando el paraíso perdido que había conocido, empezó a analizar los factores de la historia de Claire que podrían explicar su falsedad para con ella. A pesar de sí misma, aceptó ver a Claire pero se resistió a sus intentos de reanudar la relación. “Claire dice que no hablo sino de su traición; que eso no tiene sentido en una relación amorosa; que el verdadero amor no se subyuga a la obligación...etc.”. Más adelante escribiría: “El amor que compartimos, que creo evidencia una paz duradera, no era más que un armisticio”.

Fue notorio el efecto beneficioso que sobre ella tuvo su intento de identificarse con la conducta incomprensible de Claire. Además la llevó a caer en cuenta de dos elementos: la relación conflictiva entre las tres hermanas; la diversidad de imágenes y de modos de relacionarse con la madre, y, por otra parte, observaciones relacionadas con su ruptura sentimental y una creciente concientización de la frecuencia de este tipo de drama entre sus amigas lesbianas.

Mía: Lo que está menos claro es lo que Claire representó para mí. De todas formas, su traición me permitió la experiencia del análisis. En un sentido, no pudo haberme ofrecido un don más preciado. (Largo silencio). Me sentí absolutamente destrozada, iba más allá de perder a la persona a quien quería y que creía que me quería. Cuando vine a verte por primera vez, me dijiste que era como si hubiese perdido una parte vital de mí misma, como si partes de mí se hubiesen quedado con Claire y que me tomaría tiempo recuperarlas. Sí, me sentía resquebrajada en dos. (Pausa). Me hace pensar en la muerte de mi madre. ¿Sería que buscaba en Claire algo que mi madre me había negado? No sé porqué me hace pensar en la nueva novela que estoy escribiendo.. o mejor dicho, la novela se está escribiendo a sí misma, ni siquiera sé adónde me está llevando.

(Pensé que esa novela podría conducirnos al final de su búsqueda en pro del profundo conocimiento de sus sentimientos vinculados a la pérdida de Claire, por eso le pregunté si quería hablar sobre el tema...cosa que no suelo hacer al tratarse de trabajos creativos).

Mía: Me encantaría contarte...hasta donde ha llegado por ahora. Por el momento, se llama "La Sosie".

(Se traduciría como "La Doble", incluye la idea de una imagen exacta o refleja de uno mismo. El término deriva del personaje Sosia de la obra "Amphytrion" de Moliere. En la nueva novela de Mía, la heroína se entera de tener una *sosie* y decide ir a buscarla para llegar a conocerla, para ver si tienen algo en común, o bien, si hay algún misterioso enlace entre ellas. La heroína sigue una serie de indicios inconclusos hasta, finalmente, dar con ella. Para su asombro, la *sosie* tiene un temperamento totalmente diferente en cuanto que se trata de una mujer muy triste; su vida ha estado colmada de tragedias, empezando por la dramática pérdida de ambos padres. La heroína se empeña en ayudar a la *sosie* a encontrar alguna satisfacción en la vida. Mía se detiene de repente, y dice):

Bueno, no sé hacia dónde irá a partir de allí.. (pausa). ¿Esa novela tendrá algo que ver con mi relación con Claire? Ella no era mi doble de ninguna manera.

(Me pareció interesante que Mía no lo hubiese vinculado con su anterior asociación sobre lo que le había dicho hacía 6 años: que al perder a Claire, parecía haber perdido una parte vital de sí misma. Bien habría podido interpretarse que la heroína se hallaba en búsqueda de su propio ser perdido, triste y huérfano. No dije nada. Nunca interpreto el significado subyacente de un trabajo fruto de la creación, a menos de que el analizando haya venido a tratarse por un serio bloqueo en su trabajo. Mía recordó un sueño que había tenido días antes, durante esa semana).

Mía: Había llegado al apartamento de mi madre, pero me extrañó ver que mi antigua amante Claire se encontraba viviendo allí. No vi a mamá por ninguna parte, pero reconozco todos los libros, cuadros y mobiliario. Me temí que Claire no supiese cuidar de las cosas ni las funciones de ama de casa, de modo que empecé a dejarle una serie de mensajes escritos, explicándole lo que había que hacer.

(Recordó que evitaba visitar el apartamento, pero solamente hizo una asociación que fue de tristeza por la muerte de la madre).

JM: Estabas escribiendo algo...

Mía: Sí, palabras.. le decía a Claire mediante palabras lo que tenía que saber. ¿Tendrá algo que ver con mi novela?

JM: Parecía como si Claire tuviese que tomar las riendas al morir tu madre. ¿Quizás las palabras eran “mensajes” explicativos de cómo lo debía de hacer?

Mía: ¡Oh sí! ...era como si ella tuviera que hacer lo que mamá no había hecho. Se me ocurre que quería que Claire me diera aquello que yo no había sido capaz de tomar de mamá; traté de recuperar algo que había perdido. (Pausa). Creo que estoy intentando recrear partes de mí misma a través de mis escritos.

Allí culminó la sesión.

El espasmo de la memoria

Al año de la publicación de la novela, Mía fue invitada a Niza para participar en un coloquio sobre el siguiente tema: “La novela en la actualidad”. Cuidadosamente preparó un artículo que rastreaba la historia de la novela. Narró los incidentes alrededor del evento y mencionó sentirse orgullosa de encontrarse sentada al lado del reconocido dramaturgo Félicien Marceau. La presidenta organizadora hizo la presentación de los miembros del panel y al llegar a Mía, para su sorpresa y desagrado, aludió a su primera novela autobiográfica. Este anuncio en público precipitó una repentina y extraña amnesia en ella. Su primera reacción fue cuestionarse su presencia entre un gentío que no conocía. Luego, sintió inmenso pánico de tener que dirigirse a los asistentes – ya ni recordaba lo que iba a decir. Recordaba sólo que la presidenta había mencionado que harían una pausa para el café, a media mañana. No entendió nada de la charla del primer orador y ansiosamente esperaba la hora del café. Se volteó hacia el anciano caballero sentado a su lado y expresó el deseo de regresar a su hotel por sentirse enferma. Dos señoras se ofrecieron a llevarla y se sorprendieron porque había olvidado el nombre de su hotel, así como el número de su cuarto. Llamaron a un médico, quien le dio algo para ayudarla a dormir. Cuando se despertó varias horas después, recordaba todo y se dio cuenta de que había pasado la hora de su alocución... Había un mensaje de los organizadores quienes habían reprogramado su intervención para el día siguiente. Le explicó por teléfono a su amante lo que había pasado y que regresaría de inmediato a París. Florence insistió en que debía quedarse y dar su charla, lo cual hizo, aparentemente con mucho éxito. A su retorno, la consulta médica reveló que

no padecía de ningún trastorno o perturbación neurológica. Según el neuropsiquiatra la causa de la amnesia de Mía se atribuía a “un espasmo de la memoria”.

En las siguientes sesiones insté a Mía a examinar cuidadosamente las circunstancias alrededor de su amnesia. Primero, recordó que al mirar a Félicien Marceau, pensó que su padre tendría aproximadamente la misma edad si estuviera vivo. Llegamos a percibir racionalmente que había surgido en ella una especie de transferencia paterna en la figura del dramaturgo. También recordó: “Si papá viviera, se habría sentido orgulloso de mí por presentar un artículo bien documentado y erudito sobre la historia de la novela”. Se dio cuenta, después de la introducción de la presidenta y de su referencia a la novela autobiográfica, que su padre se hubiera enterado de su lesbianismo por primera vez....Nunca se lo habría confesado porque no lo creía capaz de tolerar ese concepto.

Le recordé que su padre había muerto en sus brazos a su regreso de California y recién asumida su orientación lesbiana. Ambas llegamos a la conclusión de que su “espasmo de la memoria” bien pudo haber sido un intento de parte suya para que el padre no se enterara de la revelación que “podría haberle matado”; esto le habría generado sentimientos de culpa insoportables.

Subsiguientemente Mía recordó que su madre había tenido una relación amorosa precisamente en dicha ciudad provinciana, pocos años después de la muerte del padre. ¡Nunca antes, en siete años de análisis, me había mencionado ese detalle de la historia familiar! De ese modo, nuevos elementos heterosexuales y homosexuales de tendencia edípica, finalmente, salieron a relucir. Por primera vez Mía se refirió al “trato distante y frío” del padre. Hasta que ella no estuvo plenamente consciente de su identidad lesbiana, siempre escogió amantes masculinos con actitudes frías y distantes como las del papá. Descubrir lo que ella describió como la feroz pasión de sus primeras amantes mujeres fue un poderoso y determinante factor que la llevó a asumir su identidad lesbiana y a aceptar, cabalmente, que ese era su anhelo y su destino.

Del mismo modo llegamos a comprender que al admitir que su madre era capaz de amar a otro hombre—alguien a quien Mía calificaba de pareja más cálida y apasionada—reconoció que su empeño de mantener padre y madre como entidades separadas en su fuero interno, había desempeñado un rol inhibitorio en cuanto a su creatividad. Daba la impresión de que al permitir la conjugación del elemento masculino con el femenino, dentro de su realidad interna, se habría desencadenado el urgente deseo de producir novelas creativas.

Más adelante, en otra sesión, Mía se lanzó en una fulminante y furiosa

diatriba en contra de esa “misógina actitud que prevalece en todos los países de Europa”, a lo cual le respondí:

JM: Podríamos recordar que tú misma padeciste, por decirlo así, de esa perspectiva de odio contra las mujeres desde el momento en que naciste (si acaso, desde antes de nacer). Ser niña era malo, inesperado, humillante, etc.

Mía: ¡Cuánta razón tienes. Eso lo tenía ya arraigado en mí desde antes de nacer!

Recordó que su madre también había sufrido con actitudes similares de antagonismo y de sentirse denigrada como mujer. Mía se refirió a factores socioculturales bastante exactos, pero, para ella se habían intensificado más aún debido a su historia pasada.

Fragmento de la primera novela

Ahora voy a concluir citando las primeras líneas de la novela autobiográfica de Mía, puesto que expresan metafóricamente los contornos de su viaje analítico. Ella afirma que nunca se hubiera permitido escribir una auténtica autobiografía de este período de su vida, ni habría sabido siquiera cómo hacerlo, sin las ideas esclarecedoras contribuidas por su análisis. Además, añadió que si tuvo el valor de hacerlo fue porque se “sintió comprendida y totalmente aceptada por mí”.

Antes de citar sus palabras, quiero decir que me permitió utilizar este fragmento de su aventura analítica. Después de leer los apuntes clínicos, me escribió lo siguiente: “Mucho me contentaría que hicieras uso de esas observaciones como a bien tengas lugar. Dicho sea de paso, podrías ser mi traductora, si este libro se llegara a aceptar para una edición anglosajona”.

Su novela comienza con las siguientes palabras (Las estoy traduciendo lo más exactamente que puedo):

“El paraíso perdido ha obsesionado a la humanidad a través de toda su historia. Mil veces Adán y Eva fueron desterrados de su recóndito espacio, que irradiaba calidez y amistad, sitio inmutable en el tiempo y donde el infinito no despierta la angustia. Puedo verlos jadeantes de desasosiego y repletos de temor, buscando por doquier la puerta de entrada que se les prohibió, seguros de que la volverán a encontrar y convencidos de que su creador nunca pudo haberlos tratado tan injustamente. Penetran en más de una cueva oculta y secreta con la esperanza de descubrir la visión perdida de lo absoluto; ascienden por insólitas montañas en el empeño de vislumbrar un destello del Edén

que una vez conocieron, con sus riachuelos, sus pequeños jardines ornamentales, dispuestos alrededor de estatuillas, fuentes de agua, cercos escondidos y plantas de delicado aroma. Con frecuencia, en medio del desierto, impregnado de sed y de muerte, el espejismo reaparece. Cuando ya no tenían fuerzas para continuar, cuando el odio los puso el uno contra el otro y cuando el cansancio había destruido el deseo, repentinamente, les parecía que lo habían encontrado una vez más. Pero, nunca fue más que un oasis, un volcán domado, aguas de tinte violáceo por donde rondan tiburones. Un reemplazo.

...Yo, a mi vez, seguí sus pisadas. Nunca padecí de tal traición. Por lo menos, eso era lo que creía... pero la ansiedad que llevaba conmigo desde la infancia, mi incontenible necesidad de existir, y mi terror de la muerte, ya eran rastros de una pretérita, no reconocida falsedad... Cuando, años después, la misma cosa me aconteció, dejándome de un día para otro en el negro agujero de la nada, reencontré mi angustia infantil...

...Y la niña, que duerme en mi memoria, ha tomado la misma ruta. Nadie le había explicado nada. Por supuesto. ¿Es que alguna vez uno explica tales cosas? ¿Puede uno saber realmente lo que está buscando?"

Notas añadidas en 1998

Mientras discutíamos la posibilidad de culminar el análisis dentro del lapso de un año, Mía empezó a plantear ciertas fobias que no habían formado parte del escenario analítico previamente. Afirmaba que se debía a que, hasta entonces, estaban enfrentando asuntos más importantes. Presentó temor de contagiarse de alguna enfermedad y de viajar por avión. La primera fobia brindó escaso material, la segunda resultó ser mucho más interesante, en cuanto que develó fantasías inconscientes hasta entonces. En primer lugar, no tenía control en un avión –así como en la enfermedad, ella tenía que ser su propio piloto médico. ¿O bien, otra versión del síndrome del bebé sabio, omnipotente?

¿Podría haber fantasías también de abandonar la madre tierra? Mi pregunta la llevó a decir: “debe de ser cierto, porque siento el peor pánico durante los días que preceden a un vuelo y justamente, hasta el último momento. La parte externa del avión es lo que me atemoriza (describe lo que parece ser una especie de fantasía de Jonás y la ballena)”. Le pido que me dé asociaciones, y como si me leyera la mente, dice: “Sí, se parece a un vientre de embarazo. Puede que esto también tenga que ver con mi madre”.

JM: Así que puede que te estés metiendo dentro del vientre de tu madre. ¿Te asusta o te reconforta esa fantasía?

Mía: Me hace pensar en el otro día, cuando examinamos la fantasía de la caída de un avión –tú me dijiste– ¿entonces, eres tú quien produce la caída? ¿A quién tenías la esperanza de matar?...Bien, me percaté inmediatamente después de la sesión, que una vez que me encontré dentro del avión, me sentí extrañamente cómoda y el pánico se desvaneció.

JM: Una vez en posesión de las entrañas de tu madre, ¿te sientes segura dentro de la matriz, ya no hay más miedo?

Mía: (se ríe y afirma que sí). Supongo que la fantasía de matar a todos los otros pasajeros refleja mi deseo de empujar fuera de su cuerpo todos los demás bebés para tenerla para mí sola.

Quizás esté relacionado con el hecho de que para esa época, Mía y su pareja empezaron a discutir la idea de adoptar a una bebé niña...Era más bien iniciativa de Mía; su pareja expresaba resquemor, el cual, parecía relacionado con el temor de que fuera a ser menos importante para Mía de lo que podría serlo el potencial bebé.

Resumen

La autora intenta dilucidar el papel que desempeña la identidad sexual en la creatividad. Para ello relata el caso clínico de Mía, una mujer homosexual cuya historia va siendo reconstruida a lo largo de su análisis. Puede apreciarse el trabajo analítico realizado durante el cual se explora en profundidad el entorno familiar infantil de Mía, así como los deseos inconscientes de sus padres que pudieron haber contribuido a conformar su orientación sexual en la adultez, tanto como la influencia de dicho entorno en sus posteriores actividades creativas.

Summary

In this article the author elucidates the role of sexual identity in creativity. To do this she presents the clinical case of Mía, a homosexual woman whose history was reconstructed during the course of her analysis. The early childhood family environment is explored in depth along with the unconscious desires of her parents which may have contributed to both her sexual orientation in adulthood as well as to her later creative activities.